

**Signos de admiración**

**Palabra e imagen desde la capital mexicana**

**MANUEL ANDUJAR**

¿Empieza a reverdecir, en tanto que corriente de época o de editorial perspicacia, el libro que combina, para mejor y condensada exposición temática la palabra y la imagen? Si en la pieza guipuzcoana "Itinerario ocioso" (Jorge González Aranguren-Giullano Mezzacasa) el texto es proporcionalmente parco en relación con la vastedad de las señalizaciones gráficas, las tres obras recientemente publicadas en México, y debidas a Alberto Dallal y Rafael Doniz, despliegan, en pulcros cuadernos de muy cuidado montaje, prioritarios discursos que apelan a lo meramente visual en función de apoyatura y refrendo. ¿Qué distancia de la estricta fuerza representativa de aquellos "Rostros de México" (escenas y tipos costumbristas, lo folklórico punzado de cariñoso humor, reunidos los ilustres", de Juan Rulfo a Diego Rivera y demás pareados contrastes, que Berenice Kolko escogió y que la polifacética Rosario Castellanos, enconada ausencia, prologara) a los candentes caracteres de "Sobre algunos lenguajes subterráneos", del bailarín "Luis Falcó" y de "Tres actores mexicanos".

Palabras e imágenes, en acusada aspiración metafórica, cobran en estos libros significativas tónicas interpoéticas, por su aliento y acento, y resultan interdisciplinarias al hacer reverberar intrincados fenómenos y problemas de nuestro tiempo: sociales, flujos de elevación o deterioro intelectual, las modernas disyuntivas de la convivencia y de la marginación, al igual que el innovador enfoque de la exigente tarea que los artistas-intérpretes se imponen y la implacable estimación del ámbito circular, restringido, en que cualquier actuación de calidad y de veracidad ha de moverse.

Alberto Dallal (novelista y ensayista, autor teatral, crítico en profundidad, coordinador de importantes publicaciones culturales) accede a estos planteamientos por rumbo estético y sensibilidad actual, gracias a un acucioso interés cualitativo por los fenómenos del entorno.

Aunque en consideración apresurada diríanse lejanos, los hilos rectores de la cosmovisión de Alberto Dallal se centran, ahincadamente, en la danza y en la representación escénica. De ahí que estos "repertorios" (para volver a emplear el cuasi autorretratístico término orteguiano) comiencen en los talleres coreográficos de Nueva York, analicen allí la original contribución del italiano-estadounidense Luis Falcó y se detengan en tres afectos actores mexicanos: Rosenda Monteros (que tanto asimiló, como Alberto Dallal encarece, del magisterio de las obras clásicas, del Siglo de Oro español, que le impartiera Alvaro Custodi), el identificador Alejandro Camacho, que en "Las criadas", de Genet, se consagró; más el severo y



Artesanía de México.

viril protagonista de numerosos dramas y comedias de fuste, Claudio Obregón.

Pero, a mi entender y compadecer, danza y teatro, encarnados, personalizados, han sido, de momento (hasta que Alberto Dallal, de Rafael Doniz acompañado, no reanude el zigzag de su ciclo indagatorio), los modos mentales y anímicos de penetrar en los lenguajes subterráneos de la monstruosa metrópoli, ya arquetípica a través de estas décadas, que por su insolidaria índole consumista, su magnitud y ritmo absorbentes, tan abstractos por concretos, engendra sus mismas réplicas rebeldes, por todos los excluidos a consecuencia de unos hábitos y sistemas de valores, entre cínicos e hipócritas, con ambiguas linderos del vicio a la virtud.

El expresionismo corpóreo-espiritual que probablemente manifiesta una de las tendencias más significativas de Alberto Dallal, y pivote es de su pensamiento organicista, se aboca a postulados universales: le induce y conduce a remejer el magma de su macrocefálica capital ("La cabeza de Goliat", que denunciara el inolvidable Ezequiel Martínez Estrada, en esencia equiparable a las otras urbes desmesuradas y supuradas de nuestra época. Y nos propone una explicación ya predominantemente existencial, y con sus miasmas de fatalismo, de los sectores "heterodoxos", a través de sus disidencias no pocas veces suicidas y cancerígenas, por lo inhibitorias, dada la extensa falta de pública ejemplaridad.

La investigación de Alberto Dallal ha contado con el precioso auxilio de la cámara de Rafael Doniz, en captaciones que con ligero cambio de color facial podrían creerse del hoy barcelonés o matritense: las opacas y sinuosas brillanteces de la prostituta joven-niña, premonición de lo marchito; de abajo arriba, sólo hasta las cinturas, porras en ristre, los miembros de un destacamento represivo; la interminable espera en la cola del autobús; las faces y los antifaces marcados por la droga; la crudeza del beso homosexual; la desoladora hegemonía, en el disminuido horizonte, de las vallas publicitarias. Y un etcétera, estentóreo y sórdido, que se nos antoja "normal" y que precisería atajar con vitales afirmaciones de una regeneración que a todos implica. ■

su propia óptica. Porque si hay algo de fácil contestación feminista son los análisis, por ejemplo, realizados por Freud sobre unas sensaciones que le eran contadas y de las que no pedía, sino que daba, explicación él mismo.

Por otra parte, la situación de la mujer ha comenzado a mejorar en algunos aspectos y, a modo de ejemplo, ya nadie admite la interpretación de su conducta desde un punto de vista biológico, según el cual la mujer actuaría de acuerdo con el momento del ciclo en el que se halle. "Mujer, locura y feminismo" es un conjunto de trabajos sobre distintos temas femeninos, realizados con rigor, desde un punto de vista feminista, a cargo de varias autoras, que supone un paso más en el análisis y en la comprensión de la condición femenina. ■  
CARMEN FERNANDEZ RUIZ.

**Montevideana**

CREO recordar que fue, tiempo atrás, Benito Milla (el hombre editorial de la caraqueña Monte Avila, el español levantino, exiliado, que se despegó, con quejumbres, de Uruguay y de



Matilde Bianqui.

Buenos Aires) quien me ponderó, entre otras virtudes letradas, la fecunda docencia literaria de Matilde Bianqui, que abarca desde su propia obra de creación —publicada, inédita, en avanzado gestar— hasta muy solidarias y netas labores críticas.

Ello corroborado queda por su lírico libro "No habrá más pena ni olvido", que acaba de aparecer en la colección matritense Mare Nóstum. Y me sugiere, duendes interpositos, que los poéticos afanes, cuando son veraces y cabales como en Matilde Bianqui, constituyen un "estado de sitio": el asedio y asaltos de la

fortaleza que intenta retener, en sí, las palabras y metáforas consagradas, predestinadas.

Ataques y pugnas de poesía que lanza, contra las murallas y torreones de la pragmática enajenación consumista en desmadre, sus dardos de angustia e incertidumbre, la nostalgia montevidéana, impregnación caudal de tensiones. Entonces abren afortunadas brechas "la peligrosa flor de la memoria" y "la ligera voz de claro de bosque", el advertir que "la fugacidad está esperando a la puerta", la dolorosa percepción de que "un viaje puede ser la muerte/de que un viaje puede ser la vida", lo que condensa el dilema existencial del destierro. O alcanza emotiva plenitud en el poema VIII, que comienza con "jazmines perfumados de sangre" y desemboca "en las playas del bienamado Sur", atlántico y cuasi austral, agregado.

Un cierto surrealismo sirve de pentagrama a este cantar y decir rítmicos de Matilde Bianqui. ¡Cuán intrépida su factura, sin temor a chirriantes límites! La sonrisa se convierte en "un musgo atroz" y las noches se colocaron "dientes postizos". Logros los suyos al injertar expresiones titulares, ya con suelta frase tangera, la que el poemario encabeza, o bien mediante su "oficio de tinieblas" o bajo los auspicios de Pedro Salinas: "la voz a ti debida".

Pero algunas de las expresiones de lector aquí expuestas sólo aspiran a refrescar la vibrante incorporación de Matilde Bianqui a nuestros lares y a preguntarnos si Madrid sabrá cobijar tantas transidas añoranzas, y de especial manera las que se formulan con artístico empeño "para que no haya más pena ni olvido". ■ ANDRES NERJA.

## Simplemente estar sentado

**D**IFÍCIL, sumidos en la ola de supuestos orientalismos que desde hace tiempo baña a ciertos sectores progres, separar el grano de la paja. Incluso sobre la práctica más radical, el zen, se han divulgado no pocas banalidades. Sin embargo, los no diletantes pueden de cuando en cuando profundizar en estos temas; así, viene a llenar un vacío el libro de Taisen Deshimaru (1), representante del zen/Soto.

Desde el siglo XIII existen dos grandes escuelas zen. La Rinzai trata de acceder al satori (iluminación instantánea, comunión cósmica... El término, como tantos, tiene difícil traducción occi-

(1) "La práctica del zen". Editorial Kairós, 1979.

dental) mediante la pulcra práctica, entre otras cosas del za-zen, o meditación sentada. El Soto entiende que el propio za-zen es ya satori; incluso que perseguir al satori es garantía de no encontrarlo nunca; za-zen, para Soto, es simplemente estar sentado en silencio, sin objeto.

Hay ramas zen que van aún más lejos, en el sentido de negar incluso la necesidad de ceremonia alguna. En Soto, la ceremonia no implica acatamiento de un Dios ontológico separado de la existencia cotidiana; el ceremonial es solamente símbolo, lo mismo que los gestos. Otra diferencia importante con Rinzai es que éste practica mucho el koan, especie de pregunta-respuesta absurda con arreglo a la lógica, pero que tiene como fin abrir otros poros de percepción en quien aspira al satori; Soto no desdeña el koan, pero hace más

## ADIOS A LAS LETRAS

### Poemas de Navidad

**E**N Madrid son muy entrañables las fiestas de Navidad, porque durante su transcurso presentan libros y uno puede comer, gratuitamente, albóndigas y turrón.

Las presentaciones de libros las inventó un fabricante de palillos de Vall d'Uxó, a quien le dio la idea Vicente Blasco Ibáñez. Nadie se acuerda ya de aquel fabricante de palillos, de nombre Vicente, por cierto, pero fue él quien contribuyó, en buena parte, a saciar el hambre ancha de los escritores españoles que antes no iban a nada y ahora van a cócteles.

El último cóctel de Madrid estuvo muy bien servido y fue muy cosmopolita, no porque haya ido Armas Marcelo, que es de Canarias, sino por que en él Enrique Badosa habló de Grecia y Rafael Montesinos se refirió a Dinamarca.

Pocas veces hablan los poetas de Dinamarca, quizá un poco cohibidos por aquello que dejó escrito Shakespeare una vez: "Algo huele a podrido en Dinamarca". A los poetas no les gusta citar ese país nórdico porque creen que ya no hay más olores que describir en aquel paraíso del patinaje sobre hielo.

Pero Rafael Montesinos, cuya antología poética presentaba Badosa en el cóctel citado, halló en Dinamarca el olor de la fama, y lo describió, muy emocionado, en el acto que reseño. Estaba el poeta andaluz recitando su obra en Copenhague ("Copenhague no existe", dice Raúl Guerra, pero Montesinos insiste), cuando un español, entre tantos miles de españoles, le interpelló, se le acercó y le recitó, de memoria, unos versos suyos. Emoción grande la del poeta que se ve recordado.

Otro muy emocionado aquella noche de presentaciones de libros de Plaza y Janés, de donde Badosa es director literario, era José María Rodríguez Méndez, que a mí siempre me ha parecido un buen actor de sus obras de

teatro, aunque no sé si le ha dado alguna por aparecer de cuerpo y alma en escena. Rodríguez Méndez introducía ante el público lector su novela "Los herederos de la promesa". Rodríguez Méndez es un hombre muy cumplido y pidió disculpas a los novelistas del país (en el acto había alguno muy bueno, como Juan García Hortelano, entre los que distinguí por haber incurrido en su terreno, desde su tradición dramática incorruptible. Todos le disculparon, especialmente cuando él excusó a Larousse por haberle llamado dramaturgo y novelista

cuando la presentada el otro día era su primera novela.

Fue una "botadura de libros", como aseguró Badosa, pero faltaron algunos grumetes. Se presentó la novela "Cualquier día en la ciudad", del periodista Alberto Díaz Rueda, cuyas obligaciones profesionales en La Vanguardia le mantuvieron atado al duro banco de las galeras —las galeradas, más bien— de Godó. Badosa suplió su ausencia: la de Díaz Rueda, Premio Ciudad de Gerona de 1977 es la visión joyciana de un novelista muy prometedora "que ha debutado muy bien". Tampoco estaba José Manuel Caballero Bonald, cuya antología poética presentó Badosa con ese verbo entre griego y latino a que nos tiene bien acostumbrados el poeta de "Mapa de Grecia" y "Dad este escrito a las llamas". Estaba de buen humor Badosa, y eso debe significar que algo debe andar bien por el país, porque este hombre siempre me ha parecido como un barómetro que detecta, en su humor, los altibajos más imperceptibles. Dijo que José Manuel, el escritor de Sanlúcar de Barrameda, no había podido asistir por razones ajenas a su voluntad. Sobre la marcha, claro, Badosa se dio cuenta de que había dicho un tópico y aclaró en seguida que no era tópico lo que afirmaba. Luego citó un verso de Caballero Bonald y definió lo que el autor de "Agata ojo de gata" tiene detrás de sus ojos claros: "Porque logré sobrevivir, lo escribo". Es cosa de generaciones. Gil de Biedma dejó escrito en un libro que se titulaba, me parece, "Poemas póstumos": "Yo me salvé escribiendo después de la muerte de Jaime Gil de Biedma".

Poemas para la Navidad, novelas para el fin de año. Ahora reposan, entre los turrónes, las albóndigas y los palillos. Yo, con fiebre, me apresto a brindar por ellos. ■ SILVESTRE CODAC.

